

María responde a un mensaje de Melissa preguntándole si le apetecería unirse a ella y a sus hijos en la manifestación de esa tarde.

¿Por qué no?

Había sido un día mágico, así que necesitaba compartir su dicha con los demás.

Melissa la había apoyado mucho, incluso le había prestado dinero unas cuantas veces cuando no tenía ni para comer.

Siempre por culpa de algún cerdo ricachón sin escrúpulos.

En España abundaba ese género, el del señorito de mentalidad aún franquista que trataba a los empleados como si fueran sus esclavos.

Para empezar no respetaban los horarios ni los convenios laborales.

Una estaba obligada a hacer gratis cuantas horas extras a ellos les diera la gana, y luego, a la hora de pagar, como tortura psicológica, igual que el que emplea el látigo, le venían con que ese mes no disponían de liquidez.

Todo porque se gastaban en fiestas con sus amigos, en putas y en cocaína, los beneficios de la empresa.

La fiesta española, aunque parecía algo alegre e inocente, se trataba de un modo perverso de arruinar moralmente a todo el mundo.

La gente se dejaba en copas el dinero que no tenía, pero también la salud.

Había que ver, aún encima, las caras de esos jefes fiesteros.

Después de robar a su empleados, y a quien fuese para sufragarse los innumerables gastos, andaban arrastrándose y siempre de mal humor por culpa de la resaca perpetua.

Daban hasta lástima.

Tenían con el colesterol por las nubes y la cara roja e hinchada.

También había conocido a varios con gota, cojeando igualito que señores feudales de tanta carne y tanto vino como habían tragado los muy animales.

Luego, cultura y educación muy poca.

En ese sentido en su país se podía decir que podría existir una cierta esperanza de mejorar la sociedad.

Aquí no.

La música era un verdadera basura, y el interés de la gente por el arte, especialmente los burgueses, nulo.

A menos que a los mafiosos, que muchos grandes galeristas lo eran, les sirviera para blanquear dinero.

¡Qué desastre!

La verdad es que sí que merecía la pena salir a la calle.

De no haber encontrado a su jefa, una persona justa y a la que le gustaban las cuentas claras, podría encontrarse aún sufriendo el horror de la clase obrera española, por la cual ni los sindicatos ni el partido socialista habían movido ni un dedo.

Aunque poco podían hacer ellos para cambiar una sociedad que era así de cruel y violenta con todo el mundo: obreros, patronos, y en especial las mujeres de ambos.

Cada uno de los políticos, independientemente de su ideología, eran tan víctimas de esa guerra psicológica velada como los demás.

Todo el mundo sufría y callaba, estaba jodido y se aguantaba, así hasta reventar o liarse a tiros con el vecino, como había hecho los españoles desde el siglo XIX con la excusa de las guerras carlistas.

La gente siempre bromeando, sarcástica, pero llena de odio y de rabia.

Por eso los que no eran así, miles, quizás millones en toda España, aunque muchos de ellos se encontraban expatriados, debererían pugnar por la justicia social.

Por eso, pensando sobre todo en el futuro de su hijo, responde a Melissa que irá.

Mario está a punto de llorar.

Acababa de llegar a Atocha en el tren.

Le hubiera gustado regresar a su casa, meterse en la cama y ser arrullado por su madre como cuando era niño.

Las madres eran las únicas que podían consolarlo a uno cuando se encontraba en un estado tan lamentable como él en esos momentos.

Pero mamá ya le había abandonado para siempre, como Mireya, al parecer.

Al menos había quedado con Mónica, una chica comprometida e inteligente, así que no era cuestión de echarse atrás.

Aunque a decir verdad, ni siquiera le atraía.

Mireya sí que le volvía literalmente loco, y de ahí que hubiera perdido la razón, e incluso las ganas de vivir.

Justo allí, en el lugar del atentado más cruento de la historia de España, habría sido capaz de echarse a las vías para ser arrollado por un tren.

Y es que se habían encontrado en la estación de Ciempozuelos.

Con su melena resplandeciente brillando bajo el sol, sus preciosos ojos verdes, y su piel tan blanca...

Le recordaba a la leche y le daban ganas de comérsela.

Le volvía caníbal, haciéndole perder la razón.

¿Sería eso amor o deseo?

La cuestión es que también se dirigía a la manifestación, pero con otro chico.

Iban de la mano, y se lo había presentado como si tal cosa.

¿Acaso no había recibido el mensaje que le había enviado antes de irse a dormir?

Ni que lo hiciera adrede, para torturarlo.

Dentro de él se encontraba una especie de fiera llena de rabia.

Hubiera asesinado a aquel intruso.

Sentía como si le arrebataran algo que le pertenecía.

La propiedad privada...

Cómo demonios iba a terminarse con ella en el mundo si para empezar las mujeres eran codiciadas por sus congéneres masculinos como tal.

Y es que de no ser así, de no poner coto a su libertad, hoy estaban con uno y mañana se iban con otro.

Eso no podía ser.

Sentía pensar de un modo tan conservador, pero luego no era de extrañar que las personas se volvieran locas y acabaran matando a su pareja.

Lo cierto es que comprendía a Althusser, su ídolo, su pensador marxista favorito, porque en ese instante él también sentía deseos de estrangular a Mireya.

Esa dulce flor, tan frágil...

Destruírla, desojarla, le parecía justo, pues para eso su precioso falo la había desflorado.

Entonces, qué sentido tenía hacer el amor.

Para qué servía, si luego ella podía acostarse con otro, como si los hombres supusieran para las mujeres penes intercambiables.

Lo cierto es que si Ángel supiera lo que pensaba en ese momento, le hubiera demandado frente a su sagrado tribunal de la igualdad.

Pues más valía que existiera aún la inquisición.

Porque si a las mujeres se les permitía la misma libertad que a los hombres, al igual que ellos, reproduciendo la conducta masculina, se iban con cualquiera.

Con tanto liberalismo económico-sexual, las cosas van a acabar muy mal, piensa a punto de echarse a llorar.

Miriam recibe a Momo en su casa.
Nada más despertarse le había enviado un mensaje.
En realidad no había dormido apenas.
Un par de horas, como mucho, pero se encontraba como nueva.
Tenía la sensación de acabar de renacer, y todo gracias a Leonardo da Vinci.
Incluso se diría que verdaderamente su rostro tenía cierta semejanza con la modelo del cuadro más famoso y enigmático del mundo.
De golpe, gracias a haberse convertido en artista de la noche a la mañana, todo lo veía diferente.
La vida era otra, más ancha, como un río que acaba de hacerle desembocar en un mar de nuevas inquietudes.
Ahora todo le interesaba millones de veces más que antes.
Era como si su espíritu se hubiera vuelto infinito en contacto con generaciones y generaciones de artistas.
Justo esa mañana había tenido varias revelaciones.
¡Quién decía los tiempos de Santa Teresa habían quedado atrás!
Ella misma lo creía hacía unas cuantas horas, y sin embargo todo lo que estaba experimentando le hacía sentirse una especie de mística amando con locura y devoción santos que antes no eran para ella más que imágenes vacuas.
Había pasado de ser atea del arte, a convertirse en una creyente en esa religión.
Para empezar, se había encontrado de frente con Lorca.
Miles de veces había pasado a su lado sin inmutarse.
Pues esta vez no.
Se había quedado paralizada frente a él, y entonces había comenzado a llorar.
Había corrido a abrazarlo.
Se diría que sentía su cuerpo palpar, como si se tratara de un Cristo resucitado.
Los franquistas, los intolerantes, la inquisición española, la frigidéz, la cruel ignorancia, los mismos que crucificaron a nuestro Señor, también habían segado con su ensangrentada guadaña la vida de aquel profeta.
Cuánta belleza, infinita, albergaban sus versos, preñados, como la Virgen, de verdad y bondad.
Y no sólo eso, sino que pasando por una tienda antigua de bellas artes y manualidades que tenía en el escaparate una reproducción de La maja desnuda y otra de La maja vestida, había descubierto algo singular.
Cientos de veces había pasado por allí y viéndolas, no había reparado en ello.
Sus rostros.
Goya, además de un genio, era un heredero directo del gran da Vinci.
La serenidad de la Gioconda se encontraba también en el rostro de la maja desnuda.
Su mirada, segura de sí misma, gozosa y confiada, se diría casi idéntica a la de su predecesora.
Mientras que la vestida parecía una ramera, una mujer pérfida, calculadora y a la vez temerosa, cobarde y pecadora.
Bueno, la cuestión de haber enviado un mensaje a Momo, y luego, al ver que no respondía, haberle llamado invitándole a su casa, tenía una razón.
Con ese hombre joven, modernito y artista, que trabajaba en la revista como diseñador gráfico, tenía contacto diariamente, pero nunca antes se había preocupado ni por mirarle a la cara.
Había llegado la hora de cambiar su actitud frente al género opuesto y volverse más tolerante con ellos, así que ahora, este día tan señalado, comienza a realizar su misión de apostolado artístico recibéndole en su casa.

Moncho está a punto de desmayarse de felicidad.

La mujer más bella que había visto en toda su vida se encontraba ahora a su lado.

Todavía no había sido capaz de abrir la boca desde hacía una hora.

Resulta que cuando Martin y él caminaban charlando tranquilamente por el Retiro, de repente se habían encontrado con un cantaor que hacía llorar de emoción a todas las personas que le rodeaban.

Parecía que había logrado, según Martin, una especie de fusión de fado y flamenco.

Afirmaba que se trataba de algo único en su género.

Como el cante jondo se había convertido en su pasión desde que se había instalado en Madrid, era socio de un restaurante donde todas las noches, tras la cena, los turistas asistían al espectáculo de flamenco.

Él mismo se encargaba de seleccionar a los artistas, y había considerado que aquel tal Marcial era un genio.

El llanto de su garganta, por lo visto, llegaba directamente al corazón.

La verdad es que él de música, especialmente de flamenco, no entendía nada.

Era su punto débil, la verdad.

Lo cierto es que el cine consistía en imágenes acompañadas de sonido, pero él se centraba demasiado en el argumento.

Los diálogos eran también algo importantísimo, y en eso andaba algo flojo.

Martin, cuando leía sus guiones, siempre le hacía la misma apreciación.

Decía que era necesaria una gran cultura para llegar a conocer los pequeños secretos de la emoción humana.

Esa misma tarde, preguntándole por la comedia, le había recomendado leerse La Poética de Aristóteles.

Al parecer, según el gran filósofo griego, la clave para hacer reír estaba en presentar a los personajes como peores de lo que nosotros somos en realidad.

Entonces de ahí habían pasado a Woody Allen, y a su método sistemático de hacernos reír rebajándose él mismo moralmente hasta niveles increíbles.

Sin embargo, cuando se trataba de crear un drama, normalmente no aparecía.

En ese caso, el de la tragedia, había que ofrecer una imagen estoica de los personajes y hacernos ver cómo también los buenos sufrían, lo cual, cuánto peores éramos, más nos reconfortaba.

Shakespeare también conocía estas reglas a la perfección.

La finalidad de tanto sufrimiento era la de producir una catarsis, al parecer otro término aristotélico; es decir, hacer llorar al público, y así, con las lágrimas, lavar sus faltas.

Al parecer se trataba de la mejor terapia y la más efectiva.

Según él, todas las religiones consistían en una burda imitación del teatro trágico, pero que aprovechaban el enganche emocional que producían sus mártires, para alistar a sus adeptos en un inmenso ejército cruel y sanguinario.

Pero la cuestión no era poder lavar las faltas para así seguir cometiéndolas, sino tratar de impedir que nuestra alma fuera nuevamente mancillada.

Aunque eso, tal como estaban las cosas, en plena cruzada y guerra mundial, era misión imposible.

Si ahora la tragedia abundaba más que la comedia, era por eso.

Bueno, la cuestión es que tras el encuentro con el cantaor, mientras Martin le ofrecía su tarjeta y le aseguraba un contrato, había aparecido aquella chica, Mónica.

Los cinco, ellos dos, el cantante, la chica y su novio, se habían dirigido juntos a la manifestación, y ahora se encontraban en ella.

Y viendo a su lado tal belleza, palidece y casi se marea de la emoción.

Marta conduce su Mercedes todoterreno bajo los efectos de las drogas que tomaba diariamente para soportar tanto sufrimiento.

Lo de sus ansiolíticos y antidepresivos era como el alcohol de los obreros o la heroína de los yonquis, pero con prescripción médica.

La cocaína, sin embargo, y de ahí su elevado precio, la consumían los maltratadores.

El sadomasoquismo, la crueldad extremada, era la ley moral del nuevo dios de la humanidad, el capital.

Ella, a cambio de recibir sus dones, se doblegaba constantemente ante él.

El precio que pagaba por prescindir del alma, de la inteligencia, la naturaleza en definitiva, era vivir en un cuerpo torturado y deforme.

Comía basura, pues no cocinaba.

A comer Jabugo era a lo máximo a lo que podía aspirar culinariamente.

Claro, de ahí los motones de celulitis que rodeaban sus muslos, que eran el castigo que la verdadera diosa, la naturaleza, le ofrecía.

Comer bien es lo único verdaderamente importante para vivir y disfrutar de la vida.

El dinero no sirve para nada realmente al margen de eso.

Pero la muy ignorante, se alimentaba sólo de guarradas.

De ahí su malestar físico y metafísico, pues la base de su existencia se encontraba resquebrajada.

Estaba tan engañada por el demoníaco materialismo, que no se daba cuenta de que los miles de euros que había invertido en tratamientos adelgazantes o en terapias psicológicas, nunca le habían servido para nada.

Se levantaba a las seis y trabajaba contado billetes horas y horas sin ver la luz del sol, aún cuando las cuentas corrientes de sus padres estaban a rebosar.

Su padre, cobrando un salario estatal, una vez logrado un puesto fijo en la universidad, había empleado toda su capacidad intelectual para especular con el dinero de sus suegros.

Y ella, siguiendo el ejemplo de sus antepasados y progenitores, nunca jamás había sido generosa con nadie, y menos aún consigo misma.

Si podía aguantar sin comer, o con un sándwich, para ahorrar en comida, lo hacía.

Luego sí, se iba a Prada, a comprarse bolsos que costaban un verdadero dineral.

O ese coche, que le habría costado más de cincuenta mil euros, no le parecía caro porque el valor de la mercancía había eclipsado los verdaderos valores de la humanidad, como el saber o el sabor, pues eran intangibles.

Con el dineral que tenía, bien podría dejar ese trabajo infame y haber viajado con su pareja por el mundo entero.

Podría, al menos, haberle comprado chuletones, para que él pudiera satisfacer su voracidad sexual sin necesidad de ponerse ciego de farlopa.

Y si le hubiera permitido alimentarse como es debido, con esa necesidad básica satisfecha, seguro que él hubiera logrado sacar fuerzas de flaqueza para formar una banda de jazz, tal como siempre había soñado.

Para materializar nuestros deseos, lo primero que necesitamos es estar bien nutridos.

Si no, como era el caso, el espíritu flojea.

De ahí sus depresiones, y las de su propia madre.

Su padre, dado que se alimentaba medianamente bien en el comedor de los profesores, se encontraba en un mejor estado físico y psicológico.

Esa tarde, precisamente, no había comido nada, y a punto estaba de perder el conocimiento.

Se encontraba muy mal, pero como su madre la había llamado gimoteando, a duras penas conduce su tanque de guerra capitalista por la A-6.

Marcial sonríe pletórico en medio de miles de manifestantes que alzan su voz frente a la pasividad del gobierno frente a lo que estaba convirtiéndose en un holocausto capitalista, aunque para su gusto, también machista.

Pensaba eso porque según su parecer los valores más guerreros y bárbaros, propios del género masculino, de su gusto por la violencia, estaban imperando.

Para él, más que de una cuestión económica, se trataba de un problema moral.

El hecho de que tantas mujeres murieran asesinadas a manos de sus parejas, demostraba que la humanidad se había vuelto más cruel y sanguinaria que nunca.

El liberalismo le parecía una consecuencia de haber adoptado durante siglos leyes morales fundadas sobre la dominación masculina, la cual parecía haber llegado a su culmen tras las dos guerras mundiales.

Sin embargo no todo el mundo era así.

Él mismo, a pesar de su nombre, era sumamente pacífico, como los que ahora se encontraban protestando en la calle, no sólo en Madrid sino en muchas otras capitales españolas.

Al parecer aquella manifestación estaba convocada por una plataforma que reivindicaba el derecho al empleo, la educación y la vivienda, principalmente.

Si no recordaba mal, aquellos eran los valores defendidos por los comunistas, aunque tras la caída del muro, se había visto que todo había sido una farsa.

Incluso los americanos, cuando habían creído que al otro lado del telón de acero se propugnaban dichos valores, habían tratado de contener la codicia y el resto de pecados capitales, del capital, o del también llamado Satanás.

Pero ahora ese gran monstruo, el mal con mayúsculas, se había desatado y hacía estragos a nivel mundial.

Los hombres asesinaban a palos a las mujeres, y ellas, llenas de lujuria, se ofrecían al primero que pasaba, aún sin considerarse prostitutas a pesar de ejercer el oficio gratis. La gente se maltrataba sin piedad, como las bestias, como su padre había hecho con sus hijos y su mujer.

Pero lo peor era que ahora incluso las clases pudientes, esos que alardeaban de haber ido a la universidad, incluso los políticos de izquierdas o los sindicalistas, se veían atrapados en ese juego sucio, que consistía en adquirir el poder a base de humillar a los demás.

Los alemanes, a la cabeza de Europa, habían sido los primeros en repartir billetes a sus vecinos pobres para hacerles entrar en un perverso Monopoly con el fin de proseguir con la invasión nazi detenida por la armada americana.

Sus enormes todoterrenos, algunos de hasta doscientos mil euros, proliferaban en las calles de ciudades europeas en las que la clase media, como durante los bombardeos, perdía sus casas, su trabajo, y empezaba a pasar hambre.

Algunos países europeos, tras haber entrado en el juego de los perversos poderes financieros y perdido, como el caso de los PIGS, ahora se arrastraban suplicando ayuda.

El placer sádico de los poderosos se basaba en ello, y el gobierno español no era más que un aliado, cómplice y traidor, como el de los colaboracionistas franceses.

Pero para él, quizás por haberse mantenido siempre al margen de ese juego malvado, las cosas comenzaban a ir bien.

Brillaba el sol, y sentía que por primera vez en su vida la suerte le sonreía.

Un americano, precisamente, había venido a salvarle la vida ofreciéndole un contrato como cantautor en un restaurante.

Mónica, con la que se había encontrado en ese momento, se había puesto a dar saltos de alegría, y junto a ella sonríe pletórico de contento.

Muriel, sintiéndose de nuevo amada, se viste de princesa, lo que era en realidad.

Ya no estaba triste, sino que se había dado cuenta de que lo que había sucedido tenía una lógica bien clara.

Lo de Manu estaba abocado al fracaso.

Maurice, su enamorado desde que eran casi niños, la había estado esperando hasta que madurara para formar una pareja seria y duradera.

En realidad Manu no era su estilo.

Ni siquiera pertenecía a la misma clase social.

Él tenía razón cuando decía que ella y su familia eran unos burgueses.

¿Y qué?

Pues eso era lo mejor que podía pasarle a una en los tiempos que corrían.

Resultaba un verdadero privilegio del que no tenía por qué avergonzarse.

Los burgueses de ahora no se encontraban limitados como los de antes.

Ella era una mujer libre.

Podía ir a dónde quisiera y hacer lo que le diera la gana sin problema.

Con su dinero no hacía daño a nadie, sino todo lo contrario.

Si se compraba bonitos vestidos y disfrutaba de la buena vida sin escatimar en gastos, era en realidad para hacerse la vida feliz y hacérsela a los que la rodeaban.

Siempre había sido generosa con ella misma y con los demás.

Manu lo había tenido todo durante diez años a cambio de amarla, así que tampoco se podía quejar.

El amor era lo más valioso de este mundo.

Al menos la burguesía francesa no ponía freno a las pasiones amorosas.

Con eso de la píldora, tras mayo del 68, la sociedad se había liberado de la carga de la procreación indeseada.

Si uno tenía dinero y lo compartía con los demás, especialmente con los que le rodeaban, siempre se sentiría feliz.

Ella era la primera que siempre ofrecía limosna a todos los mendigos que se encontraba.

Aquello, si uno era rico, resultaba realmente gratificante.

El hecho de cocinar, como ella lo había hecho durante todo esos años para Manu, preparándole incluso tartas deliciosas; era otra manera de gozar de la vida tan importante como el amor.

¿Acaso amar no consistía en cuidar a los demás y en hacer cosas por ellos?

Maurice parecía también una persona muy generosa.

Cocinaba de maravilla, la prueba era el pato a la naranja que había preparado.

De postre habían tomado quesos franceses exquisitos y fresas con nata.

Tras una comida así era lógico sentirse reconfortada.

Ahora sonaba la música de Mozart, un concierto para piano en do mayor, la tonalidad de la música alegre y que según Manu en sinestesia correspondía al color rojo.

Puede que ella no fuese una enamorada del arte, como su ex novio, pero era capaz de apreciar el valor de la cultura.

La gastronomía, algo tan importante en su país, suponía también una manifestación cultural importantísima.

En España no se comía ni la mitad de bien.

En el fondo se alegraba pensando que Manu iba a echar mucho de menos los manjares que ella le ofrecía.

La poesía estaba muy bien, podía resultar un saber elevado, pero el buen gusto para comer o para vestirse como una princesa, que era lo que estaba haciendo en ese instante, suponía también una manera de alcanzar la dicha.

Modu se encuentra por casualidad con Marisa justo cuando ésta se dirigía a la Puerta del Sol, donde al parecer los manifestantes pretendían continuar concentrados. Parecía rebosante de felicidad pues muchísima gente había asistido a la manifestación convocada para esa tarde, creando una atmósfera en la que se respiraba libertad. Estaba tan entusiasmada como si acabara de suceder un milagro. El pueblo unido frente a los poderes perversos y corruptos podía resultar verdaderamente poderoso. Ojalá en los países africanos sucediera lo mismo. Los europeos tenían ya una larga trayectoria revolucionaria a sus espaldas. Ellos, convertidos ahora en colonizadores, habían sido colonizados ya por los romanos; que tras haber arrancado a latigazos toda la riqueza de sus tierras para alimentar su sed de sangre, los habían dejado sumidos en la miseria. Pero tras despertarse de esa pesadilla, durante el renacimiento, precisamente en Italia, inspirados en el saber cultural y científico griego, se habían dedicado unos años al humanismo. Aunque pronto se cansaron, y volvieron a repetir la historia. Los españoles, de ahí su fama de intolerantes y ladrones, al arribar a las costas de América se dedicaron a espoliar esas tierras. A continuación fueron los portugueses, y luego les siguieron el resto. Tan cegados estaban por la avaricia y demás pecados capitales, como los romanos, que no se les ocurrió otra cosa que ir a buscar esclavos al continente africano. Y así, a partir del XVII, tuvo lugar el nacimiento del segundo gran imperio romano de occidente. Aunque también, gracias al renacimiento del espíritu griego, la ilustración iluminó a la sociedad civil, haciéndole reclamar sus derechos. Desde entonces, las dos fuerzas eternas, el Bien y el Mal, pugnaban entre ellas sin cesar. La justicia divina, la palabra de Dios, fue transformada en justicia humana. Y la creación divina pasó a desarrollarse en el ámbito artístico. La ciencia también se convirtió en salvadora y redentora. Así que se podía decir que algo consiguieron los europeos tras siglos de matanzas. Incluso había habido un filósofo alemán tan ilustrado que tras años y años de reflexión había concluido que para juzgar a los hombres, bastaba con ceñirse al criterio del buen gusto. Eso se lo había contado Marisa, que siempre estaba leyendo, y solía resumirle los libros. Él no sabía leer muy bien, pero prestaba gran atención a todo cuanto tuviera que ver con la historia y el pensamiento occidentales cuando veía programas de televisión, o escuchaba la radio. La historia de Europa le parecía tan interesante porque presentía que África le iría a la zaga. Suponía que en unos siglos su continente se encontraría plenamente desarrollado y gozando de todas las comodidades que había aquí. Se imaginaba que cuando así fuera, y Africa se encontrara en pleno esplendor, quizás dentro de mil años, la cultura europea habría desaparecido, como la del antiguo Egipto, Roma, Grecia o Mesopotamia. Tenía clarísimo que sería así, y viviendo aquí se imaginaba como un viajero en el tiempo. De hecho cree que en ese futuro, más justo y humano, habrá multitud de mujeres tan buenas y bellas como la que acaba de encontrarse, pero de su color.

Mónica se reúne con su amiga Marisa en la Puerta del Sol.

Había quedado con ella en la sede de la asociación comunista a la que ambas pertenecían a las seis menos cuarto.

Como no tenía móvil, necesitaba fijar las citas con antelación.

También se había dado cita allí con Mario, el filósofo de pacotilla, como ella le había apodado, pero les había dado plantón a los dos.

Con lo de Marcial, que ahora se encontraba a su lado, se le había ido el santo al cielo.

Al recordarlo, horas más tarde, le había pedido el teléfono precisamente a él para enviarle un mensaje a su amiga.

Tenía una pequeña agendita donde llevaba apuntados los números de telefono a la que llamaba su móvil.

Eso lo había aprendido de su primer gran amor en París.

No hacía falta que todos estuviéramos provistos de todo en la vida, porque de ser así nadie tendría necesidad de nadie, y los vínculos se cortarían como los cables de los teléfonos.

A ella le gustaba intercambiar cosas con los demás, para empezar hablarles y escucharles, que no era poco.

Según sus nociones de filosofía, consideraba que las enseñanzas de Sócrates debían ir por ahí.

Cada persona, dialogando incluso consigo misma, es decir pensando, podía llegar a convertirse en sabia.

De ahí el origen de la ciencia y su importancia.

Los que únicamente pensaban en cosas prácticas, se volvían proletarios del pensamiento, o sea mezquinos.

Mientras que aquellos que desarrollaban sus ideas con total libertad, dejándose llevar por la abstracción, como los matemáticos o los informáticos, aunque pudieran parecer tontos, se encontraban en una dimensión más elevada.

Los científicos actuales podían corresponderse con los santos antiguos por encontrarse casi siempre en el más allá.

De hecho el 15-M se había inspirado en los hackers y en sus mancomunidades.

Su generosidad a la hora de crear programas para compartir el conocimiento, como internet, había abierto una vía de esperanza al considerar que gracias a informática podría llevarse a cabo una verdadera democracia participativa.

El demandar con urgencia una democracia real era el modo de manifestar públicamente ese anhelo político.

No se trataba de derrocar un gobierno a modo de golpe de estado, sino todo lo contrario.

Muchos jóvenes con grandes capacidades intelectuales habían dado con la clave para mejorar una democracia representativa que se había quedado obsoleta.

Eso permitiría acabar con el bipartidismo, especialmente cuando, tal como el gobierno de Zapatero había demostrado, los políticos de izquierdas, aún sin ellos ser conscientes, se habían pasado a la derecha mas recalcitrante.

Estaba claro que ya no representaban a sus votantes, así que aquella farsa no tenía ya ningún sentido.

Había llegado el momento de volverse idealistas, ya no en el sentido de defender el marxismo, pues Marx no era más que un trasnochado científico económico; sino aspirando al ideal de una participación directa de todos los ciudadanos en la política y la economía del Estado.

Por eso, en defensa de los valores demócratas, se reúne con Marisa, siempre rodeada de personas solidarias y comprometidas.

Mohamed comprueba con deleite que ya no es homófobo, pues por primera vez había mirado a los ojos a su cuñado, y se habían abrazado como hermanos.

Él, que ni de bromas pretendía unirse a la manifestación, al final había acabado en ella.

Como jefe de familia, se había acercado a Sol a buscarlos para llevárselos a casa, pero al llegar se había dado cuenta de que allí, donde nadie le consideraba el jefe de nadie, y menos de su mujer y sus hijos, no tenía derecho a dar órdenes.

Por lo tanto no le quedaba más remedio que sonreír y mostrarse simpático.

Bueno, al menos en su cultura, como en la española, uno estaba habituado a charlar con los demás.

Los países del sur eran así.

Donde hacía buen tiempo la mayor parte del año, la gente podía tranquilamente pasarse la vida en la calle.

Las necesidades eran menores, y no había que esforzarse tanto por trabajar.

Si luego los del norte les venían con que eran unos vagos, como al parecer habían empezado a decir los alemanes de los españoles con eso de la crisis, la culpa no era suya sino del clima benigno.

Ya les gustaría a ellos poder vivir en comunidad y dialogando, como los habitantes de la Grecia antigua.

Así luego venían todos de vacaciones a España, a disfrutar de la felicidad de la que carecían en su país.

Si es que para él estaba claro, de crisis económica nada, lo único que pasaba era que en Europa unos trataban de imponer sus leyes a los otros.

Lo del macho dominante, el padre todopoderoso del monoteísmo, se reproducía a nivel europeo.

Si era Alemania la que mandaba, además en nombre de una mujer, había que obedecerla por muy equivocada que estuviera.

A él le parecía que la misma guerra entre moros y cristianos, la seguían perpetuando en Europa entre países católicos y protestantes.

Unos, que sólo pensaban en el dinero, y los otros divertirse, estaban condenados a enfrentarse.

La economía española, y la cultura, se desarrollaba en los bares.

Allí la gente celebraba reuniones, y hacía exposiciones.

La música, la poesía, el arte, no estaba en los museos, sino en la calle, en cada ser singular y en su manera de expresarse, con gracia y salero.

Su mujer, por ejemplo, le parecía una artista y lo era, aunque luego trabajara en un supermercado.

La alegría española, por mucho que la Comisión Europea les pusiera contra las cuerdas, no iba a desaparecer del espíritu de sus gentes.

Además eran pacíficos, y con los moros se llevaban relativamente bien.

Tenían sus dos bocaditos de tierra y con eso se conformaban.

Aunque por un granito de arena, un islote cerca de Ceuta, casi llegaron a pelearse con Marruecos, pero aquello había sucedido en la nefasta época de Aznar.

A ése lo que le hacía falta era ir un poco más a los bares y dejarse de rezar, como Franco; que luego, como estaba amargado, también le daba por ensañarse con los musulmanes.

A él, cuanto menos rezaba, mejor le iba la vida.

Y ya no digamos tras la divina lección sexual de esa madrugada.

Si lo que necesitaban todos esos políticos estreñidos y tacaños era que se la endiñasen.

Así comprobarían con deleite, como él ahora, que todos somos iguales.

Melissa baila flamenco en la Puerta del Sol mientras un chico delgadito de su grupo canta sin parar.

Aquello era lo que realmente le gustaba.

Pensaba que en Cuba la gente sabía vivir sabrosamente bailando salsa, y que así, sanamente, alimentaba su alma.

Por lo visto allí no había enfermedades psicológicas porque cualquiera tenía el derecho de contarle sus preocupaciones al primero que se encontrara por la calle, y la gente se desahogaba gratis.

Al fin y al cabo todos tenemos los mismos problemas, casi siempre amorosos, que con paciencia, como todo, se acaban solucionando.

Vale que el comunismo les había dejado en la miseria alimenticia, pero al menos la alegría y la música les consolaba.

Cada familia, comunidad, o Estado, tenía el deber de alimentar a sus miembros física y espiritualmente.

Se trataba de crear un sistema bien estructurado capaz de garantizar no sólo la supervivencia de los más débiles, como niños y ancianos; sino el bienestar físico y moral de todos.

Claro que eso no resultaba fácil, pero para lograrlo la humanidad había ido desarrollando sistemas económicos y sociales cada vez más complejos.

Cada etapa histórica representaba una vuelta de tuerca para la civilización.

Justo tenía fresca la Edad del Bronce porque acababa de explicársela a sus hijos.

Los días festivos se aprendían una lección de historia que debían compartir con sus amigos, siendo ellos los que buscaran la información en internet.

Así les enseñaba jugando.

También hacían pequeñas representaciones y cancioncillas para que no se les olvidaran cosas tan básicas como que el arado había sido inventado tres mil años antes de nuestra era.

Lo de Cristo y Mahoma lo llevaban mal, porque ser equánime y respetar ambas fechas resultaba fatigoso.

Pero qué iba a hacer si sus hijos pertenecían a dos culturas que no querían ponerse de acuerdo ni a tiros.

Ella prefería en cierto modo la árabe, pero no en todos los aspectos.

La comida, por ejemplo, le parecía más sabrosa.

Lo de que no quisieran comer cerdo lo comprendía, porque menuda obsesión tenían los españoles con el jamón y el chorizo.

Era casi peor que lo de los alemanes con sus repugnantes salchichas.

Se podría decir que la mayoría de la gente de este país padecía cerditis, especialmente los gallegos.

En las aldeas la gente se alimentaba básicamente de carne porcina, y así estaban, pues eso de que de lo que se come se cría suponía una verdad como un templo.

Si en Mesopotamia habían llegado a crear una gran civilización gracias a la agricultura, lo que podría hacerse ahora si el mundo estuviera bien repartido y la globalización, en vez de al saqueo, condujera al reparto.

Pero ahora ya no se trataba tan sólo de ofrecer alimentos a la población, sino de atiborrarles de vanas ambiciones, como hacía el capitalismo.

En cuanto a bienes materiales, en Europa había de todo.

Lo único que faltaba era paz espiritual para, teniendo lo suficiente para comer, dedicarse a satisfacer otras necesidades mucho más elevadas.

Por ello encontrarse consagrando su tiempo a bailar y divertirse con las personas que amaba, le parecía todo un avance económico y cultural.

Momo habla con su mujer por teléfono.

Ahora se mostraba cariñosa y le pedía que volviera pronto a casa.

Al parecer hasta le interesaba saber qué tal había ido la manifestación, cuando a ella normalmente esas cosas le importaban un pimiento.

Pues estupendamente.

Resulta que allí se hallaba rodeado de gente simpatiquísima y con ganas de mejorar la situación política española de verdad.

Incluso se había encontrado con Marcos de nuevo.

Él también estaba ahora en la Puerta del Sol con su ex, con la que acaba de volver.

Aquello le parecía un sueño.

Se diría que le rodeaban enamorados de los de verdad y no de los que, como él mismo, se habían visto obligados a instrumentalizar el amor para poder follar.

Eso le hacía plantearse muchas cosas.

Una chica de las que se encontraba allí contaba que había de un grupo de filósofos llamado Tiquun considerados altamente peligrosos por manifestar que el capitalismo mataba el amor.

Tanto era así que un miembro de ese grupo había terminado en la cárcel durante las manifestaciones estudiantiles y obreras de hacía unos años en París.

Proponían la Huelga Humana, y eso le sonaba por haberlo visto escrito en las paredes de un recinto de Tabacalera.

Lo que había allí era sobre todo mucho ánimo.

Él no había leído el libro que había promovido aquella acción social, pues lo suyo no era la lectura, pero otros que sí lo habían hecho reflexionaban sobre la indignación como motor de la valentía.

Él también se consideraba un indignado.

Su arte, el valor, el esfuerzo y la energía para llevarlo a cabo, nacía del compromiso contra lo que él consideraba injusticias.

De hecho durante la época de Aznar no había cesado de crear.

Su obra se había caracterizado siempre por la resistencia a esa política nazi ultraliberal

que se había propagado por Europa nutriéndose del odio a los árabes generado a raíz de los atentados del 11 de septiembre.

Una chica de las que estaba allí, una tal Marisa, mantenía que el arma que había utilizado el fascismo nazi para volver a invadir Europa se encontraba dentro de cada uno de nosotros, y combatirlo consistía en una compleja labor individual.

Según ella, las almas que no gozaban morían, y las que sufrían estaban dispuestas de matar de forma real o simbólica a los que les rodeaban.

Lo cierto es que, por mucho que le pesara reconocerlo, él disfrutaba más creando que haciendo el amor con su mujer.

En el fondo le parecía frígida, aunque tampoco había estado con tantas en su vida como para poder garantizarlo.

Pero esa tarde, tras haber escuchado hablar a mujeres comprometidas y visto a parejas amarse de verdad, había comenzado a preguntarse si realmente no se encontraría conviviendo con el enemigo.

Lo cierto es que allí no había pivones, ni mujeres con tacones, arregladísimas y maquilladas como la suya, pero sí chicas con rostros que, como el la ex de Marcos, irradiaban felicidad.

En el fondo cree que Mercedes le llama únicamente para asegurarse de que irá por la mañana a llevar a las niñas a la guardería.

Mientras habla con ella, siente como si su voz fuera la de una arpía que finge quererle para lograr de él lo que le interesa.

Marisa charla con un grupo de personas sobre un tema que realmente le interesa y le preocupa, considerándolo de vital importancia para el triunfo de la verdadera democracia.

No se trataba de feminismo, sino de igualitarismo sexual.

Justo antes de salir de casa había reparado en que al final del libro de Hessel se hablaba de su primera mujer como la madre de sus hijos, y se precisaba que eran dos niños y una niña.

La verdad es que algo tan banal, le había dado que pensar.

Su mujer...

El posesivo, le había irritado, principalmente porque se repetía.

¿Es que para los varones era algo tan importante garantizar su paternidad?

Pues sí.

Al menos su propio padre no había sido uno de esos.

Quizás tenía ya otra familia, porque los hombres son incapaces de prescindir de una mujer, y lo peor es que jamás estarán dispuestos a admitirlo.

Primero dependen de su madre, luego de su esposa, y finalmente de su hija, o a falta de ella, de una hermana.

Todos fueron y serán así.

La santísima trinidad moderna, Marx, Freud y Nietzsche, no se diferenciaron en absoluto de los demás.

El genial Einstein también vivió siempre bajo las faldas de alguna mujer.

Y su primera esposa, Mileva Maric, no sólo se encargaba de las tareas domésticas aún habiendo realizado ambos los mismos estudios, sino que también le ayudaba con la física.

Si eso no está mal, apoyarse mutuamente es la clave para triunfar, pero no querer reconocerlo es una verdadera canallada.

La verdad es que no hay obra maestra humana en la que una mujer no haya tomado parte, porque la humanidad sólo crea mediante la conjunción del ying y el yang, lo masculino y lo femenino.

El problema radica en negarse a reconocerlo.

Así los varones, guardándose ese as en la manga como vulgares fulleros, han traicionado a la mitad de la especie humana durante siglos y siglos.

Qué les costaría ser justos y hablar abiertamente de la participación de sus colegas, amigas y colaboradoras con naturalidad.

Lograr esa equanimidad, supondría una revisión de toda la historia humana, pero merecería la pena.

Si realmente se pretende lograr algún día la igualdad de las personas, habría que comenzar por ahí.

Y el primer paso para dejar de obviar a través del lenguaje a la mitad de la humanidad, sería comenzar a emplear el sustantivo persona, con lo cual los plurales de los adjetivos serían siempre femeninos.

Eso acababa de proponérselo a las personas que le rodeaban, que parecían convencidas de la trascendencia de dicho cambio en cuanto a igualdad política.

Si en la teoría era así, también podría llegar a convertirse en una práctica común.

Estaba claro que costaba arrancar, pero tampoco era tan difícil hablar en femenino, y algo tan simple podría representar una nueva ley revolucionaria.

Para ella estaba claro que en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la que Hessel tanto se enorgullecía, subyacía la incesante labor, el trabajo y la acción política de Eleonor Roosevelt.

Y mantiene que ella había influido más positivamente en la historia que Marx.

Manu se encuentra realmente emocionado por sentirse partícipe de una verdadera revolución pacífica, en lugar de violenta, como lo fueron la francesa o la rusa. Aquello tenía sin duda que ver con las protestas generalizadas en el mundo árabe. Millones de personas emancipadas, o que pretendían llegar a serlo, demandaban libertad, igualdad y solidaridad.

Y aquella proclama se propagaba por el mundo como una plaga imposible de detener. Se trataba de una revuelta espiritual, sin sexo, nación, ni religión.

La única aspiración de los insurrectos era gozar de la existencia.

Eso parecía conectarse con una rama del árbol del bien que todavía permanecía en pie a pesar de que una religión perversa, la católica, se hubiera encargado de declararlo peligroso y pecaminoso.

La paz mundial sólo podría lograrse a través de la reconciliación de la especie humana con su verdadero origen, la unión carnal entre hombres y mujeres.

Claro que para eso la ciencia, controlada por la ideología de la clase dominante, estaba ya tratando de acabar con la procreación natural.

Sin duda preferían eso a reconocer que sus propios líderes religiosos y políticos habían incurrido durante siglos en un grave error.

Y todo porque un libro de ficción, El antiguo testamento, se había convertido en una ley ciega que sólo conducía a las personas a sucesivos holocaustos.

Sin duda esta revuelta, tan amorosa y pacífica, entroncaba con los ilustrados, que como Condorcet, proponían el amor al conocimiento como cambio social.

Ése había sido además uno de los primeros filósofos que podrían considerarse feministas.

El siguiente, ya en el siglo XIX, había sido Stuart Mill.

Él también proponía la felicidad como único fin de toda acción humana desde un punto de vista tanto económico, como moral y político.

Y pensar que lo único que haría falta para alcanzar esta meta, nada utópica, sería simplemente amarse plenamente...

Al parecer las enseñanzas de Cristo también iban por ahí.

Pero el haber permitido que el antiguo y el nuevo testamento se presentaran juntos, había arruinado toda su labor redentora.

La gran Simone Weil había hecho incapié en ello.

Ella también formaba parte de la Resistencia de la que tanto se enorgullecía Hessel.

Realmente le daba bastante rabia que en su manifiesto no la hubiese nombrado, pues en la obra de esa autora se encontraba todo el conocimiento necesario para liberar a la humanidad de las guerras.

Marisa, una amiga de Mónica, y que hablaba también francés, tenía razón al declararse crítica con el pensamiento occidental, incluido el marxismo.

Quizás los árabes, tan denostados, especialmente por las damas, dominadoras con el látigo de la coquetería siempre a mano, no fueran tan monstruosos como a los occidentales se les pretendía hacer creer.

Él lo había sospechado desde hacía tiempo, aunque no se había atrevido jamás a declararlo.

Muriel hubiera puesto el grito en el cielo, pues para ella, tan defensora de la ideología del poder burgués, se trataba del enemigo con mayúsculas.

La prueba era que allí había una simple cajera de supermercado casada con un marroquí que enseñaba a sus hijos lo más importante, a conocerse a sí mismos y a los demás, a amarse a ellos mismos y al prójimo.

Y aquello, comprobar que había personas tan sanas mental y espiritualmente como esa tal Melissa, le resulta verdaderamente conmovedor.

Malaika, ahora Ángel, bebe una caña rodeado de amigos en uno de sus bares favoritos, pues en él, más de cien años atrás, había sido fundado el Partido Socialista Obrero Español.

La historia era larga y estaba preñada de avatares, pero continuaba, y aquella gran manifestación secundada por toda España era la prueba.

Los partidos políticos y sus miembros tenían que aprender de sus errores.

Había llegado la hora de quitarles la piruleta de la boca y hacerles plantearse a qué les conducía el poder.

Pues si era a robar y ultrajar a los ciudadanos, la democracia tal como se concebía tendría que reciclarse y convertirse en otra forma de gobierno más apropiada.

Él, que venía de azotar a millonarios gordos, lujuriosos y babeantes; con esas imágenes aún en la mente, tenía muy claro que los poderosos necesitaban una buena lección.

En realidad la estaban pidiendo a gritos, no sólo en España, sino en toda Europa.

Casos como el de Berlusconi llevaban años abochornando al mundo entero sin que nadie se hubiera decidido a actuar.

Estaba sufragado por la mafia y era un putero que gozaba humillando públicamente a las mujeres, como Fraga en sus buenos tiempos, pero nadie parecía reaccionar.

Pues eso lo que demostraba, más que cobardía, era connivencia.

En el fondo, tener como modelo a personajes así, puros psicópatas, exoneraba de sus pecados a sus semejantes.

En esta nueva época caracterizada por la necrosis del ser, por el triunfo de Satán tras la muerte de Dios, el amor; los humanos estaban condenados al infierno y se dejaban arrastrar con mansedumbre hacia él.

Aunque todavía existían personas sanas y razonables, al menos en España, porque al parecer en otros países, como en Alemania, la cosa estaba peor.

No todo el mundo eran zombis que conducían Mercedes, como sus clientes potentados y tarados, sino que existían muchas personas capaces de relacionarse con los demás sin esperar recibir nada a cambio.

No todos los cuerpos, por fortuna, se habían convertido en máquinas, por mucho que a los que trataban de manejarlos como a tales les hubiera gustado.

Existía una resistencia, y aquella tarde se había dado el primer paso para poner freno a la tiranía, cuyo baluarte, como siempre, era la codicia.

El mundo occidental no estaba aún completamente corrompido

La economía había sido mal concebida, eso era todo.

También la familia.

Engels tenía razón con eso de que la primera división del trabajo es la que se hace entre el hombre y la mujer para la procreación de los hijos.

Quizás, con la reproducción asistida, en vista de lo segregado sexualmente que se encontraba el mundo, mujeres por un lado y hombres por otro pudieran lograr una reproducción sin lucha de clases dentro de la propia pareja.

En cuanto a la política, debería realizarse, tal como bien proponía Marx, de abajo a arriba, y no al revés.

Lo cierto es que no estaría mal lograr esa verdadera revolución.

Aunque a lo largo de la historia, nunca había sucedido así.

La tortilla humana no lograba nunca darse la vuelta porque era más bien una especie de revuelto.

Haría falta batir bien los huevos, es decir desmachizar a los hombres y desfeminizar a las mujeres para lograr un verdadero y razonable igualitarismo, piensa mientras saborea un pincho de tortilla.